Sentimientos ante la Semana Santa de una crevillentina de adopción



Un buen amigo, en un rapto de amable afecto, me ha planteado el compromiso de expresar por escrito mi opinión sobre la Semana Santa crevillentina. He intentado resistirme a esta petición, por la simple razón de que escribir no es mi profesión y me asusta ver mis sentimientos hacia Crevillente, tan poco imparciales, en letra impresa; pero por otra parte creo que debo demasiado a este querido pueblo para negarme a la pequeña participación que se me pide, divulgando lo que todos los que me conocen saben: que amo a Crevillente y cuanto emane de él.

Si tengo que expresar con sinceridad lo que me inspira la Semana Santa crevillentina, mis preferencias no se van a orientar a una revisión día a día de la belleza de cada procesión, ni de la valía induscutible de sus tallas, con el buen gusto de sus adornos florales, o las elegantes túnicas de los nazarenos que los crevillentinas saben llevar con tanto garbo. Mi admiración la despierta el pueblo crevillentino, protagonista de su personalísima Semana Santa y verdadero artífice de que se repita todos los años el milagro de su celebración.

Ante todo, la labor desinteresada de sus promotores, que, dedicando buena parte de su tiempo libre, organizan durante todo el año, con la capacidad y eficacia heredada de sus padres y abuelos, la perfecta puesta en escena: desde que se levanta el telón el Viernes de Dolores hasta la apoteosis del Domingo de Resurrección, nada falla, todo sucede con la naturalidad de lo bien hecho; las procesiones, las ceremonias, se enlazan con aparente espontaneidad, como resultado final de una organización concienzuda y previsión meticulosa en sus menores detalles por parte de unos pocos entusiastas que dominan el arte de que todo salga bien.

En segundo lugar, la participación año tras año de los mismos «actores», incondicionales cofrades que acompañan a sus pasos procesionales con sus vestas, mantillas o cantando en los excelentes coros, que nos obligan a todos los que escuchamos a contener el aliento, emocionados ante la belleza de sus voces y de sus cantos litúrgicos.

Y finalmente, el pueblo, el gran e incondicional espectador; sin él no sería posible la Semana Santa, no habría quien presenciara con unción las procesiones, con un espíritu crítico severo, de quien está acostumbrado a lo mejor; pero tampoco habrá cantera para tomar el relevo de los organizadores, cantores, participantes todos del futuro; los hijos que intenten siempre perfeccionar lo que es casi perfecto y sobre todo, mantener las tradiciones de los antepasados que dieron origen a la Semana Grande crevillentina: la Semana Santa.